

Adrián PRADIER, *La estética de la luz en la Edad Media*. Colección *Bibliotheca Salmanticensis*, Serie Filosofía 13. Salamanca: UPSA Ediciones – Editorial Sindéresis, 2025, 24 x 17 cm. 296 pp. ISBN 979-13-87569-18-1 / 979-13-87929-30-5.

La publicación de *La estética de la luz en la Edad Media* representa una de las contribuciones más sólidas y conceptualmente ambiciosas aparecidas en los últimos años en el ámbito de la estética medieval en lengua española. Integrado en la colección *Bibliotheca Salmanticensis* (Serie Filosofía 13) y fruto del grupo de investigación “CHAOSMOS. Estudios de estética medieval”, el volumen combina erudición filológica, interpretación filosófica y una propuesta metodológica original: la reconstrucción de la estética medieval de la luz como una auténtica dramaturgia teofánica.

La cuidada labor editorial de UPSA Ediciones y Editorial Sindéresis merece una mención explícita. No solo por la calidad material del volumen y la seriedad del aparato crítico, sino por la coherencia de una línea editorial que apuesta por monografías exigentes en filosofía medieval, evitando tanto el manual divulgativo como el tecnicismo hermético. La inserción en una colección académica consolidada y el respaldo institucional garantizan su proyección en el debate internacional.

El libro se articula en cinco capítulos —“La fábula”, “La poética”, “El autor”, “El crítico” y “La dramaturgia”— que responden a una estructura deliberadamente teatral. Esta organización no es meramente formal: traduce la tesis central del autor según la cual la estética medieval de la luz no puede comprenderse como simple teoría simbólica, sino como puesta en escena integral de un acontecimiento teológico.

El primer capítulo, “La fábula”, reconstruye el complejo entramado hagiográfico en torno a Dionisio. Pradier distingue cuidadosamente entre Dionisio el Areopagita —convertido por Pablo según el relato de los Hechos—, el Dionisio obispo de Atenas y el Dionisio mártir de París, mostrando cómo la tradición fue unificando progresivamente estas figuras hasta producir una síntesis legendaria de enorme potencia simbólica. El análisis de las distintas *passiones* (especialmente la *Passio Gloriosae* y la versión hilduiniana) no se limita a un examen histórico-crítico, sino que revela cómo la construcción del relato fue condición de posibilidad para la ulterior dramaturgia de la luz en Saint-Denis. Sin relato no hay escenario; sin figura sagrada no hay dispositivo simbólico. El capítulo demuestra que la estética medieval se asienta sobre una base narrativa que funda el espacio de la experiencia.

El segundo capítulo, “La poética”, se adentra en el núcleo filosófico-teológico del libro: la elaboración neoplatónica y patrística de la luz como categoría ontológica. Aquí el influjo del Corpus Dionysiacum ocupa un lugar decisivo. La luz aparece como irradiación jerárquica del Bien, mediación entre lo invisible y lo visible, participación sensible de la gloria divina. Pradier analiza con precisión los textos del *De divinis nominibus* y del *De coelesti hierarchia*, mostrando cómo la metafísica de la luz articula una

fenomenología específica: la claridad no es mera cualidad óptica, sino estructura de manifestación. Este planteamiento dialoga implícitamente con la tradición agustiniana de la iluminación y con la recepción escolástica posterior, particularmente en Buenaventura, donde la luz constituye principio formal de la creación. El capítulo permite comprender que la estética medieval no es teoría del arte en sentido moderno, sino metafísica del aparecer.

El tercer capítulo, “El autor”, aborda la cuestión de la identidad del Pseudo-Dionisio y la historia de la recepción del Corpus. Pradier reconstruye con notable solvencia las controversias sobre la autenticidad del Areopagita, desde las objeciones de Hipacio hasta las defensas posteriores. Más allá del debate filológico, lo relevante es cómo la atribución apostólica confirió al texto una autoridad decisiva. La estética de la luz no surge como especulación marginal, sino como saber legitimado por la proximidad a la fuente apostólica. Esta sección muestra que la autoridad del texto fue condición para su eficacia simbólica en el ámbito arquitectónico y litúrgico.

El cuarto capítulo, “El crítico”, constituye uno de los momentos más sugerentes del libro. Frente a la interpretación habitual que opone una estética suntuaria (Suger) a una austeridad cisterciense (Bernardo de Claraval), Pradier propone comprender ambas posiciones como alternativas dramáticas dentro de un mismo horizonte teológico. La crítica bernardina no niega la luz, sino que redefine su puesta en escena. La cuestión no es si la luz debe estar presente, sino cómo debe manifestarse: amplificada por gemas y vidrieras o acogida en su desnudez originaria. Este desplazamiento interpretativo es especialmente fecundo, pues evita caricaturas historiográficas y restituye la coherencia interna de la espiritualidad cisterciense. En términos estéticos, podría decirse que Pradier muestra dos modos de intensificación fenomenológica: uno por acumulación simbólica, otro por depuración.

El quinto y último capítulo, “La dramaturgia”, culmina la tesis general mediante el análisis detallado de la reforma de Saint-Denis bajo el abad Suger. El estudio del altar, las puertas doradas, las vidrieras y la reorganización espacial del coro revela cómo la arquitectura gótica se convierte en dispositivo teofánico. La luz, filtrada y coloreada, no es simple decoración, sino mediación espiritual. Aquí el autor desarrolla una idea particularmente rica: la contemplación luminosa como forma de meditación. La experiencia estética se transforma en itinerario espiritual. En este punto, el libro dialoga con la tradición victorina y con la teoría medieval de la *meditatio*, mostrando que la luz es pedagógica y transformadora.

El recurso a la categoría de dramaturgia puede suscitar inicialmente reservas, pero termina revelándose como herramienta hermenéutica eficaz. Al concebir la arquitectura como escena y la luz como protagonista, Pradier consigue articular de modo unitario elementos narrativos, teológicos y plásticos. La luz no es metáfora, sino acontecimiento que continúa —en clave sensible— la luz increada. Esta continuidad remite directamente a la ontología participativa del neoplatonismo cristiano.

Desde una perspectiva crítica, puede señalarse que la amplitud temática obliga a concentrar en pocas páginas debates historiográficos complejos, especialmente en torno al Pseudo-Dionisio. Asimismo, el énfasis dramático podría desarrollarse aún más en diálogo explícito con teorías contemporáneas de la performatividad estética. Sin embargo, estas observaciones no restan valor a una obra que logra integrar historia, filosofía y teoría del arte en un discurso coherente.

En conjunto, *La estética de la luz en la Edad Media* ofrece una lectura renovadora de uno de los ejes fundamentales de la sensibilidad medieval. La conjunción de rigor conceptual y cuidada edición convierte el volumen en referencia obligada para especialistas en filosofía medieval, historia del arte y teología estética. La apuesta editorial por un trabajo de esta envergadura confirma, además, el papel de UPSA Ediciones y Editorial Sínderesis como agentes activos en la revitalización de los estudios filosóficos medievales.

Manuel Lázaro Pulido  
UPSA – UNIR - UFV